

práctica lo que yo mismo predico. Esto ya es un poco más difícil. Sobre todo es difícil que el sendero que uno diseñó después lo construyan tal como uno lo planificó –y lo evalúen, lo supervisen, lo mantengan y lo renueven–.

El profesional de la interpretación, como digo, es aquel que destina su esfuerzo técnico SÓLO a esta disciplina. Y siguiendo con el ejemplo de las matemáticas o la estadística (disciplinas), claro que hay profesionales de las matemáticas y de la estadística. Dedican su vida a ello.

A mi juicio (no muy descabellado, a la luz de las exigencias en otros países), el profesional cabal de la interpretación debería dominar los siguientes aspectos:

- Planificación Interpretativa
- Diseño de Servicios y Equipamientos Interpretativos
- Técnicas para la Comunicación del Mensaje Interpretativo
- Técnicas de Evaluación de la Interpretación
- Diseño de algunos Medios Interpretativos (audiovisuales, folletos, señales de exterior, etc.)
- Ser un potencial Guía Intérprete ("monitor" se asocia al trabajo con escolares)

También es un profesional de la interpretación, o especialista en una faceta muy concreta, aquel diseñador gráfico que trabaja principalmente diseñando paneles, folletos y exposiciones.

También aquella guarda forestal cuyo principal trabajo consiste en atender al público y "presentarles" el patrimonio que están visitando. O aquel guía de turismo que se toma en serio su trabajo y no repite como un loro; la arqueóloga cuya principal OCUPACIÓN sea la de atender al público en un parque arqueológico, o el biólogo que trabaje de guía en un jardín botánico.

Todos ellos y ellas son profesionales de la interpretación si se toman en serio su trabajo, estudian interpretación, leen libros y artículos de interpretación, se actualizan en cursillos, se apuntan a postgrados de interpretación, se afilian a asociaciones de interpretación, publican sus experiencias describiendo seriamente su metodología (por ejemplo en este *Boletín*), son capaces de dar cursos o talleres de interpretación, e intercambiar conocimientos y experiencias con otros colegas, etc. Pero, sobre todo, son profesionales si transmiten el significado

del sitio a los visitantes siguiendo los "principios de la interpretación".

Son profesionales de la interpretación, también, aquellos educadores (ambientales, patrimoniales, etc.) que, llamándose "monitores" de lunes a viernes con escolares en un centro de visitantes, se adaptan al público general o a la familia *Simpson* los fines de semana o en días festivos.

El cómo se llamen... creo que será un debate interminable. Se llamarán, al fin y al cabo, como sea la denominación que exista para ESAS FUNCIONES en las instituciones en las que trabajen, o cómo se les permita que se llamen si trabajan fuera de las instituciones (de por libre, en empresas, o como trabajadores autónomos).

Yo pongo en mi curriculum "Técnico en Interpretación del Patrimonio" y me quedo bien tranquilo. Porque ésta es mi profesión.

El biólogo será biólogo de profesión toda su vida, pero puede ser también un especialista en interpretación si ha complementado su formación en esta disciplina. También se puede atribuir lo de Técnico en Interpretación del Patrimonio.

En cuanto a estudios para "guía intérprete", hay cursos de nivel muy básico, como los de algunas escuelas taller. Pero no creo que haya que estudiar para Guía Intérprete. Creo que habría que estudiar interpretación a secas. Tal vez con énfasis en la función de guiar, para aquellos que deseen trabajar en eso (y también en filosofía de la interpretación, los principios, técnicas de comunicación, diseño de itinerarios guiados, evaluación de esos itinerarios, etc.).

Lo que sí está claro, lo que es reivindicable, es que si uno está cualificado para guiar (porque sabe interpretación, además de conocer los recursos del lugar), debe poder hacerlo.

Pero sólo estamos empezando, no desesperemos ni nos vayamos a abrir las venas antes de tiempo. El tiempo, eso sí, nos tiene que conducir a aclarar QUIÉN CUALIFICA, QUIÉN AUTORIZA, y si nuestro camino como asociación da frutos tangibles, cobra prestigio debido a esos frutos, etc., entonces estaremos en condiciones de poder contribuir a la solución de estos problemas.

¿Acaso los guías somos un disco rallado?

**Miguel A. Pinto Cebrián
Burgos**

(Pinto es guía intérprete de personas, animales, plantas y cosas)

En el desarrollo del trabajo de la interpretación guiada no es difícil escuchar comentarios que se refieren a lo monótono que debe ser llevar todos los días a grupos de visitantes y explicar siempre las mismas cosas. El colmo de estas aseveraciones es llegar a la conclusión de que, en realidad, con grabar en una cinta lo que el guía cuenta, facilitaría el trabajo e, incluso, evitaría sus quejas referidas a sus esfuerzos de voz y la tensión mental a la que está sometido en el transcurso de una visita guiada.

Quienes opinan de esta forma, en primer lugar, no tienen ni la más remota idea de qué es la *interpretación del patrimonio* y, mucho menos, reconocen la figura profesional del guía intérprete. En realidad todo nace de una visión muy general del asunto que tiende a considerar que este trabajo se soluciona con soltar un "rollo" que proporcione información sobre tal o cual aspecto del monumento histórico o espacio natural en el que nos movemos.

Todos los autores reconocidos en el ámbito de la interpretación están de acuerdo en que la mejor forma de ejercer esta disciplina es a través de la comunicación persona a persona, es decir, la comunicación directa entre semejantes.

Y el encargado de esto es el guía que, durante una hora y media, ha de tratar que el grupo no se disperse, preste atención, comprenda, conozca, se olvide del paso del tiempo, ¡se emocione! y ayude a la conservación de lo que están viendo. Cuando un guía logra todo eso, está haciendo algo más que transmitir información; está interpretando.

Pero llegar a interpretar no es cuestión de dos minutos ni es tan sencillo como puede parecer a simple vista. Una visita a cualquier lugar que, por ejemplo, dure una hora, requiere una preparación previa

y una labor posterior a la misma. No es sencillo computar el tiempo que el guía emplea en todas estas operaciones, pero también es tiempo trabajado, aunque no se note. Cuando asistimos a una obra de teatro vemos el resultado de mucho tiempo de preparación, ensayos, automotivación y otras muchas cosas intangibles y de complicada explicación que darán como resultado la puesta en escena. Y la calidad de la representación, en gran medida, va a depender de toda esa fase anterior.

Supongo que muchos guías habrán sentido lo mismo que yo. Antes de que el grupo de visitantes llegue, nuestro cerebro empieza a trabajar, se *pone en situación*. Y es algo más que recordar datos o cosas para contar. Yo lo llamo *evocación del guía* por no haber encontrado alguna definición al respecto en los manuales de interpretación. Y después de hablar con bastantes guías, ellos también tienen esa misma sensación.

En realidad, mientras revisamos las paradas, vemos la dirección que toma el bando de pajaritos de turno y prevenimos la posibilidad de verlos con el grupo, nos damos cuenta que algún animal ha construido una madriguera de cría en una parada y, por lo tanto, deberemos pasar casi de largo para no molestar y buscar otra alternativa; en fin, todas esas cosas que a diario hace un verdadero guía para evitar los imprevistos, el propio lugar nos ayuda a ponernos en situación.

Personalmente, llevo doce años en el mismo recorrido de mil doscientos metros y cada día descubro cosas nuevas no sólo para incorporar a las explicaciones, también son llamadas de atención para sentir y querer aún más el lugar. Así consigo la *evocación* diaria para comentar que el amasijo de arbustos –que cruzaré después con los visitantes– está vivo.

Uno de los momentos más delicados y tensos que atraviesa el guía en su jornada laboral es la llegada del grupo de visitantes. Presentaciones formales aparte, hay que hacer un análisis de la situación en muy poco tiempo. Detectar intereses, asimilar procedencias, edades; en resumen, un breve análisis sociológico que nos ayude a seleccionar diferentes técnicas de comunicación y un lenguaje ajustado a ese grupo. Aquí hay unos minutos gloriosos, en los cuales detectaremos si la visita será buena o mala, si los visitantes nos seguirán o no, y si tendremos posibilidad de transmitir realmente emociones, aparte de la información que todo lugar tiene.

Lo que sigue a continuación, cualquier manual de interpretación lo cuenta. Es la fase de realización de la visita, en la que el guía interacciona con el público y el lugar continuamente. Es nuestra puesta en escena, en realidad estamos actuando y si de verdad el guía cree en lo que hace (que no es lo mismo que creérselo), puede que conecte con la gente que le acompaña y logre transmitir sentimientos y emociones.

Los que sean guías intérpretes seguramente alguna vez, al terminar de explicar algo, han tenido los pelos del cogote erizados, producto de la emoción que han puesto en el tema.

Además, estas explicaciones son recibidas por el público con un silencio final muy significativo que ayuda a comprender que la cosa ha salido redonda y que ellos han sentido el entusiasmo puesto, que es contagioso, mucho más que la risa. En estas ocasiones se ha interpretado.

Al final, despedida y cierre. Los visitantes hacen preguntas, agradecen el rato pasado y se van. El lugar queda en silencio y el guía vuelve a trabajar solo, esta vez analizando lo que hizo, buscando respuestas a determinadas reacciones del público ante algunas formas de explicar tal o cual proceso, en resumen, valora su labor para poder corregir los errores y mejorar el modelo que utiliza para posteriores grupos. En algunas ocasiones, se rellena una ficha de la visita en la que se anotan todas estas cosas y, si tiene un compañero o compañera de fatigas, esta fase del trabajo será mucho más rica.

Pero no todo acaba aquí. La sociedad cambia (es un hecho), las generaciones son diferentes y, por esto, la forma de comunicar también cambia. Por ejemplo, el uso de analogías es tan vigente ahora como hace cien años; las personas muestran interés y comprenden mejor las cosas. Pero el recurso básico que nos permite construir la analogía no puede ser siempre el mismo; hay que estar permanentemente buscando nuevos recursos.

Aquello último es otra parte del trabajo del guía que es difícil cuantificar, porque la búsqueda de estos recursos se realiza fuera de las horas laborales, en contacto con la sociedad que nos rodea. Es también una forma directa de conocer a nuestros destinatarios potenciales, y entrever por dónde se mueven sus intereses. Y éstos cambian cada vez más deprisa, por lo que el guía ha de adaptarse también muy rápido. Si hace

tan solo cinco años alguien me hubiera dicho que, para atraer la atención de algunos niños iba a emplear palabras como *realidad virtual*, *PC*, *disco duro*, *TPH* y otras cosas similares, para al final hacer caer en la cuenta de lo divertido que supone “colarse” en un concierto de ranas en el borde de una charca... no me lo hubiese creído.

Y esa es la vida del guía intérprete,

algo que no tiene nada que ver con una cinta grabada o un disco rallado. Es un trabajo apasionante que exige pensar un poco todos los días y emplear continuamente, como dice Don Aldridge, lo que tenemos entre las dos orejas.

Eso, al menos, si queremos llegar y motivar a nuestro público para conseguir la conservación del lugar, que es nuestro objetivo como intérpretes.

Para terminar, una propuesta a todos los que han sentido alguna vez la maravilla de contar lo bonito e importante que es la existencia de multitud de elementos patrimoniales que nos rodean, y me refiero a todo lo que va desde un humilde escarabajo de la hojarasca a la catedral más grande. Contad vuestras experiencias en este *Boletín* y, con suerte, podremos abrir un hueco en el mismo que hable de los guías que, a fin de cuentas, somos los peones de este oficio.

La interpretación como enfoque para una intervención educativa ambiental

Álvaro de Torres Madrid

(Álvaro es biólogo, y actualmente realiza el doctorado en el Departamento de Ecología de la Universidad Complutense de Madrid. Además, es vicepresidente de la Asociación Abogaya - actividades de educación ambiental)

¿Qué entendemos por interpretación ambiental o del patrimonio? Este es un concepto sobre el que suele haber una confusión generalizada, debido,